

Sonia Pérez-Toledo, *Los hijos del trabajo. Los artesanos de la ciudad de México. 1780-1853*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, El Colegio de México, 1996, 301 p.

En la historiografía mexicana el interés por los artesanos ha estado siempre presente, aunque de una manera más bien intermitente. Chávez Orozco, con su habitual agudeza, planteó en 1938 ciertas hipótesis de trabajo que aún siguen marcando la discusión; pero sin duda el patriarca del tema es Manuel Carrera Stampa, quien en

su exhaustivo y erudito *Los gremios mexicanos. La organización gremial en la Nueva España*, puso en claro organización, normas, jerarquías, usos y costumbres. Esta obra aparentemente resultó tan completa y satisfactoria que durante varias décadas no se publicaron nuevos estudios, hasta que el interés por la historia social, la introducción de métodos estadísticos y de los recursos propios de la geografía urbana resultó en la década de los ochenta en una moderada ola de nuevas publicaciones.

Estos trabajos, sin embargo, no tuvieron réplicas ni continuidad, y el tema pareció entrar en un nuevo paréntesis. Ahora, después de varios años, han aparecido un par de libros de mayor interés. El que aquí me ocupa es muy ilustrativo de ciertas continuidades y también de algunos cambios en la perspectiva y el énfasis historiográficos.

Sonia Pérez-Toledo retoma, corrige y consolida el recurso a los métodos cuantitativos dentro de la historia social mexicana. El suyo es un libro en el que los cuadros, los porcentajes y las gráficas tienen un lugar importante en la exposición y la argumentación. También abunda en mapas donde coloca a los talleres de distintos oficios —un recurso útil y didáctico utilizado previamente por González Angulo en su *Artesanado y ciudad a fines del siglo XVIII* (1983).

Por otra parte, la autora se ubica en la creciente corriente de académicos que procura no sujetarse a la periodización tradicional de la historia. Así, inicia su inquisición en el último cuarto del XVIII, esto es, en tiempos en los que los ministros reformistas de los Borbones comenzaron a aplicar sus ideas acerca de la organización del trabajo deseable para la sociedad. Resulta menos convincente la justificación de 1853 como el otro extremo cronológico —de hecho, ha sido más común considerar que el arranque de la industrialización porfirista marcó una reestructuración mayor en la vida productiva, y por ende resultaría un adecuado mojón cronológico. La también reciente aparición de otro libro sobre el tema —*Hacia la república del trabajo: La organización artesanal en la ciudad de México, 1853-1876*, de Carlos Illades— sugiere una implícita división del trabajo, de motivación más pragmática que metodológica.

Que estas dos interesantes obras tiendan a trasladar el interés desde la colonia hacia el México independiente parece marcar un cambio en los estudios sobre el artesanado. En efecto, poco conocíamos sobre los artesanos de las primeras décadas de vida independiente. Contamos sin duda con verdaderas montañas de libros sobre próceres, ministros, generales e intelectuales, pero muy poco

sobre la gente que se ocupaba de alimentarlos, vestirlos y hacer cómoda y agradable su vida. Este trabajo es, en este sentido, particularmente bienvenido y oportuno.

Este libro tiene una indudable vocación discutidora y revisionista. Su habitual método de exposición es partir de la afirmación previa de otro autor para construir sus propias conclusiones. Aunque el recurso resulta a veces reiterativo, le permite llegar a afirmaciones interesantes y novedosas. En particular, resalta su demostración de que los gremios de hecho sobrevivieron a su abolición formal en 1813; que los artesanos en manera alguna desaparecieron o entraron en una fase de “agonía” —como decía Chávez Orozco— y que por el contrario continuaron siendo un grupo numeroso e importante social y económicamente, que permanecía ocupando el centro de la urbe, sin ser necesariamente expulsado hacia la periferia por los comerciantes.

La autora no se limita a la descripción de cuántos eran, de dónde provenían, dónde residían, en qué trabajaban, cómo se organizaban, cómo se relacionaban los artesanos entre sí y con los demás habitantes de la naciente metrópolis. A la vez, se aventura en el siempre difícil campo de las ideas, los valores y las identidades.

Así, parte importante en este trabajo es la búsqueda de continuidades en la conciencia artesanal. Toledo señala que la estructura gremial, formalmente abolida, seguía rigiendo en el terreno de los hábitos y actitudes frente al trabajo y el mercado urbano. Particularmente sugerente es su afirmación de que esta conciencia colectiva tuvo una “refuncionalización” en donde sus viejas experiencias adquirieron un sentido nuevo en la Junta de Fomento de Artesanos creada por el gobierno en 1843, recreando formas tradicionales de socialización, de participación política y de identidad vinculadas al orgullo de poseer un “arte” calificado, socialmente importante y diferente al simple oficio manual.

Mucho de esto es novedoso e interesante; en otros casos puede verse que se han retomado comentarios y reflexiones aisladas de otros autores para ampliarlos y darles una fundamentación sistemática.

Más polémica, en cambio, va a resultar la interpretación global de los sucesos, la mirada de conjunto que trata de ver perspectivas a través de las décadas. La autora pone un indudable énfasis en las permanencias, de modo que gran parte de su argumentación depende de qué exactamente debe entenderse como una “continuidad” histórica.

Desde luego, la religión, las costumbres y las técnicas no se ex-

tinguen bruscamente, sin dejar huella ni trazas, por más que exista un Estado decidido a imponer coactivamente su propia manera de ver y hacer las cosas. Pero generalmente en el análisis histórico las “continuidades” significan algo más; en particular, el concepto aparece junto con la idea de que a pesar de los cambios aparentes y formales sobreviven contenidos anteriores. Es muy común que la insistencia en este concepto resulte muy socorrida entre los historiadores que tratan, como hace Toledo, de ver la historia “desde abajo”.

Viene bien al caso la argumentación de la autora acerca de que los gremios continuaron existiendo durante la primera mitad del siglo XIX. Para fundamentar este punto menciona peticiones al ayuntamiento de que se hicieran cumplir artículos de las abolidas ordenanzas, o bien que se les examinara en el oficio, que fueron rechazadas o ignoradas por las autoridades municipales; trae Pérez Toledo a colación asimismo la presencia frecuente de contratos de aprendizaje y las referencias al papel del maestro como “custodio moral” de sus subordinados.

La cuestión radica en establecer hasta que punto estos elementos pueden interpretarse como muestra de la supervivencia de hecho de las corporaciones o, más bien, de una “comunidad moral y espiritual” gremial, que permaneció viva y actuante mucho tiempo después de que las instituciones como tales desaparecieron. El texto se mueve entre ambas opciones que, aunque complementarias, se refieren a distintas realidades de la vida de los artesanos.

El punto requiere una delimitación cuidadosa de los términos de la discusión y considerar con detenimiento tanto los cambios como las permanencias. Es posible que otros conceptos al que recurre la autora con cierta frecuencia —la “refuncionalización”— pudieran ser una útil línea conductora de este posible y deseable intercambio de ideas.

En conjunto, *Los hijos del trabajo* presenta al lector una pertinente y cuidada reconstrucción de hechos y un análisis atendible, sugerente y polémico. Tal parece que este libro puede llegar a ser referencia importante para el estudio de la historia social de este periodo.